

la cabecera de los enfermos; vigila de consuno con Estelle y Moustier, regidores de la ciudad, con Langeron, gobernador de ella, y el caballero Rose sobre estos abismos de la muerte; marcha al lado de Chicoineau, Deidier y Verni, tres célebres facultativos cuyos nombres son apreciados por la humanidad doliente; lanza al cielo continuas y fervorosas plegarias por los moribundos, y fortifica al pueblo con su ejemplo mas bien que con sus consejos. Sabedor el sumo Pontífice de que por falta de precaucion en el Gobierno, que no habia enviado socorro alguno á esta ciudad, aumentaba el hambre los estragos del contagio, remite dos buques cargados de trigo, que al momento es distribuido entre las familias por manos del obispo y del Jesuita. Empero, si Levert habia arrostrado hasta allí todos los peligros, si un gran pensamiento de caridad habia sostenido hasta entonces la energía de este anciano, cuando el azote hubo cesado en sus estragos, consumidas sus fuerzas á impulso de tanto ardor, espiró en brazos de Belzunce, bendiciendo á este mismo pueblo á quien habia suministrado tantos consuelos.

La abnegacion de los Jesuitas de Marsella no pudo menos de hacer una grande impresion en el ánimo del Regente. Deseando hacer dimision de su cargo el abate de Fleury, que habia sido nombrado confesor del jóven Rey, porque, á la edad de noventa y dos años, se consideraba ya incapaz de dirigir sus primeras pasiones, trataron de buscarle un sucesor. El cardenal de Noailles excluia á los Padres de la Compañía; y esta era otra razon para que Dubois, su antagonista, presentase uno que, segun el testimonio de Duclos¹, no habia tenido parte alguna, como ni tampoco otro ninguno de los Jesuitas, en su elevacion al cardenalato. Era este el P. Taschereau de Liguieres, director de la duquesa de Orleans, madre de Felipe, quien recibió el nombramiento en 1722. Los Jesuitas habian aguardado con paciencia el poder, y este se les venia á las manos por la necesidad misma de las cosas: fatigado ya el Regente de escándalos, experimentaba en si mismo una absoluta necesidad de devolver á los Católicos la paz comprometida por tantas concesiones.

Beltran Claudio de Liguieres hallábase dotado de mas prudencia que talento. Sencillo y apacible, sin ambicion, sin tomar la iniciativa en nada, venia á ser un hombre inofensivo, cuyo en-

¹ *Memorias de Duclos*, tomo I, pág. 473.

cumbramiento no alarmaba á ningun partido, y en quien no vieron los Jansenistas mas que el precursor de su Orden. Habiale exceptuado Noailles del entredicho general; pero deseando poner trabas á su ministerio cerca del Rey, se obstinó en rehusarle la aprobacion del Ordinario. Verdad es que el Monarca hubiera podido hacerle autorizar por el Papa; pero creyendo el Regente y los Jesuitas que seria mas oportuno el desistir de este privilegio, la corte fue trasladada á Versailles, y Luis XV se vió precisado á confesarse en Saint-Cyr, que pertenecia á la sazón á la diócesis de Chartres. No queriendo el duque de Borbon, que ocupaba en 1723 la primera silla ministerial, exponer otra vez la majestad regia á tamañas evasivas; pasó á declarar que, si el cardenal de Noailles no otorgaba al Jesuita las licencias, se serviria de las que el sumo Pontífice le habia remitido por un breve expedido en 19 de mayo de 1722. Visto por Noailles que los Jansenistas perdian cada dia terreno, y juzgando prudentemente que su oposicion quedaria sin efecto, se decidió á someterse á la ley, y los Jesuitas volvieron á la corte. Demasiado escarmentada empero la Sociedad á causa de las tempestades suscitadas contra los directores de la conciencia del Rey, para que no intentase destruir las causas, después de renunciar á la hoja de los beneficios, estipuló que el confesor, encerrado en el círculo de sus atribuciones, permaneceria del todo ajeno á los negocios; y efectivamente, los PP. Liguieres, Perusseau y Desmarets no ejercieron desde este dia influencia de ninguna especie, aun en las cuestiones puramente eclesiásticas.

Sin ser jansenista, habia el cardenal de Noailles introducido la perturbacion en el seno de la Iglesia por su eterna resistencia; pero apenas investido de la autoridad el cardenal de Fleury, pensando en reparar tantos males, empezó por condenar y deponer á Soanen, obispo de Senez, anciano cuyas virtudes privadas eran casi tan grandes como su terquedad. Este acto de energía intimó al arzobispo de Paris, que resignándose, por fin, á obedecer, dirigió á la Santa Sede su retractacion pura y simple; sin embargo, aunque animado de un arrepentimiento sincero, no se resolvió jamás á levantar el entredicho que lanzara contra los Jesuitas. El 30 de abril de 1730 fue registrada en el Parlamento la bula *Unigenitus*, así como todas las demás expedidas por el Papa en la cuestion del jansenismo. Carlos Vintimille, que sucedió á



Noailles, absolvió del anatema á los Jesuitas; los discípulos de Jansenio se hundieron bajo el peso del ridículo, convirtiéndose en convulsionarios ante la tumba del diácono de Paris; y los hijos de Ignacio, caminando siempre por la misma senda, y prosiguiendo su apostolado, por medio de la educacion, se encontraron en el campamento de Fontenoy como capellanes del ejército francés.

La política de Luis XIV habia colocado en las sienes del duque de Anjou, su nieto, la corona de España. Todos los Jesuitas de la Península, con muy raras excepciones, se afiliaron bajo la bandera de un Soberano que, para reinar sobre un país consagrado á la Iglesia, no habia recurrido, como su competidor, á los Anglicanos y á los sectarios germánicos. La España entera se habia pronunciado en favor del Príncipe francés, y los Jesuitas trataron de serle fieles en la próspera y adversa fortuna, exponiéndose como él á los azares de esta prolongada guerra de sucesion. Los ingleses mandados por lord Peterborough trabajaban mucho menos por hacer sentar al archiduque Carlos de Austria en el trono de los Recaredos, que con el objeto de propagar la herejía entre un pueblo esencialmente católico: ya en Barcelona y otras ciudades del Principado habian establecido cátedras en que se enseñaba el error al abrigo de las bayonetas; pero no tardaron los Jesuitas en combatir este proselitismo que se extendia por todas partes, sosteniendo á fuerza de elocuencia la guerra que España y Francia sostenian á cañonazos. En Gerona, durante los horrores del sitio de esta plaza, no solo prodigaron sus atenciones á la generalidad de los habitantes, sino que «habiéndola abandonado «muchos regulares, dice el marqués de San Felipe ¹, se dedicaron con una asombrosa caridad á la asistencia de los pobres y «enfermos, de los que habia un gran número entre tan crueles «peligros.»

Mas los analistas del reinado de Felipe V no han tratado de basar sus relatos en semejantes hechos: érales indispensable seguir, acechar los pasos, y abultar las faltas de un Jesuita en las intrigas de una corte; y el P. Guillermo Daubenton salió, como Miguel Letellier, enteramente mutilado en esta lucha con la historia. El Monarca francés habia elegido á Guillermo para que

¹ *Memorias para servir á la historia de España bajo el reinado de Felipe V*, por Vicente Bacallar, marqués de San Felipe, tomo III, pág. 48.

acompañase á la Península al joven Príncipe, en cuya alma leia por haber dirigido su conciencia desde sus mas tiernos años; pero en esta época fecunda en cábalas, no tardó en encontrarse una mujer que, merced á la seducción de su ambicioso talento, adquirió en breve sobre la reina Luisa de Saboya un ascendiente cuyos resultados alarmaban á Luis XIV. Elevada la princesa de Ursini al rango de camarera mayor de la Reina, no cesaba de alimentar en el corazon de Luisa sus preocupaciones contra la Francia; mientras que dominando el carácter débil é indeciso de Felipe, le arrastraba á la ejecucion de unos proyectos que hubieran sin duda comprometido el porvenir de ambos Estados. Opúsose sin embargo Daubenton; hizolos fracasar, y aun consiguió el extrañamiento de la Princesa, que, demasiado segura de su crédito, no supo contrarrestar los planes del Jesuita. Empero, si Daubenton habia obtenido su expulsion, volviendo ella á Madrid después de algunos años, le obligó á su vez á abandonar la España; y entonces reemplazóle el P. Robinet. «Jamás confesor alguno, dice Duclos ¹, fue mas apto para este empleo, ni se unió «mas intimamente con él: dotado Robinet de grandes luces y virtudes, penetrado de las mas santas máximas, al par que francés «celoso é igualmente apasionado por el honor de la Península, «su segunda patria, él fue quien aconsejó á Felipe V la reforma «de la Nunciatura, cuando el Pontífice reconoció al archiduque «como soberano de España.»

Obrando de esta manera, no pensaban los Jesuitas Robinet, Ramirez y el dominico Blanco, á quienes consultó Felipe, en mostrarse hostiles á la Silla apostólica. Los soberanos habian obtenido la creacion de este tribunal, con el objeto de facilitar á los españoles sus relaciones con Roma; pero visto que se habian introducido algunos abusos en su administracion, y que el Papa se declaraba enemigo de Felipe, sin hacer traicion á la obediencia que debian á la Santa Sede, no consintieron callar ante un paso que tendia á derribar del trono al monarca que aceptaba la Iberia. Antagonista declarado de los abusos, se esforzaba Robinet á reprimirlos con una energía mas obstinada que reflexiva, cuando se vió en breve asaltado por ciertos obstáculos mayores que los que ofrecia el gobierno eclesiástico. Habiendo fallecido Luisa de Saboya en 1712, la princesa Ursini, su favorita, alimentaba la lo-

¹ *Memorias de Duclos*, tomo I, pág. 142.

ca esperanza de representar en el Escorial un papel idéntico al que desempeñaba en Versalles la marquesa de Maintenon; y hubiéralo sin duda conseguido á fuerza de astucia, á no haber estado de por medio el Jesuita, que conociendo el carácter de Felipe, y sabiendo que si se le atacaba de frente consiguiendo sorprenderle en presencia de toda la corte, le decidiria á pronunciarse contra semejante alianza, determinó arriesgarlo todo. «Gustábase al Rey, dice Duclos¹, conversar con su Confesor acerca de las noticias de Francia; y preguntándole cierto dia sobre lo que ocurría en Paris, Señor, contestó Robinet, dicen que V. M. trata de casarse con la princesa de Ursini. — Se equivocan, replicó con sequedad, y mudó de conversacion.»

Conocia el Jesuita demasiado bien á su penitente, y sabiendo que nada era capaz de hacerle faltar á una palabra dada en público, trató de comprometerle mas allá de sus previsiones. Viéndose obligada la Princesa á renunciar á la idea de ser reina, quiso al menos unir la suerte de Felipe á la de una mujer de quien pudiese disponer á su arbitrio. Alberoni le aconsejó que eligiese á Isabel Farnesio; pero en 1713 un insultante destierro fue el resultado de sus cálculos. Vencida la de Ursini por la ingeniosa aspereza de un Jesuita, al paso que engañada por la astucia de Alberoni, sucumbió, por último, al imperioso candor de una jóven. Empero esta atmósfera de insignificantes traiciones é imperceptibles complots no se amalgamaba con el carácter decidido de Robinet, cuya desgracia fue ocasionada, segun refiere Duclos², por una accion justa y razonable. «Hallándose vacante, dice, el arzobispado de Toledo, cuya renta anual ascendia á novecientas mil libras, el cardenal de Judice pasó á solicitarle para sí por medio de la Reina; pero habiéndolo consultado Felipe con su Confesor antes de resolverse á ello, no solo opinó de distinto modo, sino que le hizo ver que teniendo ya el Cardenal todos los bienes necesarios para el decoro de su dignidad, era indispensable repartir las gracias, cuya masa es siempre inferior á la de las exigencias y aun á la de las necesidades; pasando en seguida á proponer para esta Sede á Valero Lera; que, á fuer de español, era preferible á un extranjero, y cuya eleccion seria aplaudida por la nacion entera. Habia prestado Valero tantos

¹ *Memorias secretas*, tomo I, pág. 101.

² *Ibidem*, pág. 172.

«servicios al Monarca en tiempo que aun estaba vacilante su tro-
«no, que deseando recompensar su celo, le dió el obispado de
«Badajoz; en cuya posicion solo vió el que antes habia sido pá-
«roco de aldea nuevos deberes que llenar, sin pensar jamás en
«presentarse á la corte. Robinet hizo ver después á Felipe que
«los españoles, á cuyo valor, afecto y constancia debia la coro-
«na, no podrian menos de creerse recompensados en la persona
«de un compatriota tal como el obispo de Badajoz, á mas de que
«esto seria diseminar las rentas del arzobispado por manos de un
«hombre que no sabia hacer otro uso de ellas; y el Rey le otorgó
«el nombramiento en marzo de 1715.

«Irritados hasta el extremo la Reina y su ministro de la victo-
«ria del Jesuita, al par que asustados de sus consecuencias, se
«aliaron contra una virtud tan peligrosa, llegando, á fuerza de
«seducciones é intrigas, á separar de la corte á un hombre
«que¹, si pedia al cielo alguna cosa, era precisamente su sepa-
«racion.

«Llevándose consigo el Jesuita Robinet la estimacion y el sen-
«timiento general de la nacion española, se retiró á la casa de los
«Jesuitas de Estrasburgo, en donde vivió y murió tranquilo des-
«pués de haber edificado á la Sociedad mas que lo que la habia
«servido.»

En el momento de separarse de un Jesuita que jamás le habia adulado, quiso Felipe V pedirle un último consejo: «Suplicóle,
«dice el marqués de San Felipe, que le indicase el sugeto en cu-
«yo seno debiese descargar el peso de su conciencia; á que con-
«testó, que el P. Daubenton sabia complacer mejor á los espa-
«ñoles, cuyo aprecio se habia ya granjeado:» en el mismo ins-
«tante escribió á este Padre que apresurase su regreso².

Hallábase Daubenton desempeñando la asistencia de Francia en Roma, donde se veia honrado por Clemente XI con un afecto particular. El niño á quien habia educado, el rey á quien habia acompañado en medio de los peligros, le llamaba para devolverle su confianza después de diez años de separacion; y no vaciló un momento en acudir á su lado. Pero apenas habia llegado á Ma-

¹ El abate Gregorio refiere el mismo hecho en su *Historia de los confesores*, pág. 224; y se halla consignado en las *Memorias* de Maurepas, tomo I, página 228.

² *Memorias* de San Felipe, tomo III, pág. 151.

drid, cuando conoció que su presencia iba á ser un motivo de alarma para el ministro que á la sazón gobernaba. Alberoni, este Richelieu italiano, en cuya cabeza fermentaban mil descabellados proyectos, aspiraba nada menos que á dominar la Europa ó á trastornarla, para crearse un lugar ilustre en la historia. Negociando simultáneamente con el czar Pedro de Rusia, con la Puerta Otomana y Carlos XII de Suecia, proyectaba restablecer en el trono á los Estuarts, arrebatár el poder al duque de Orleans, y hacer árbitra á la Península de los destinos del mundo, como lo fuera en los reinados de Carlos V y Felipe II. Y no limitándose aquí sus planes, volvió á plantear el tribunal de la Nunciatura, abolido ya por los Jesuitas. Viendo Daubenton desarrollarse tan vastos proyectos, que, para la imaginación volcánica de Alberoni no pasaban de ser un juguete, y comprendiendo, sin perder nada de su calma habitual, lo mucho que importaba precaver al Soberano contra la audacia feliz de un hombre que podía poner en combustión á la Europa, «se manejó con tanta destreza, «dice el marqués de San Felipe, que si el cardenal Alberoni había llegado á persuadirse que el Jesuita había tenido una gran parte en su desgracia, no pasaba esto de ser una sospecha; por «que la moderación y rectitud de este Padre le hacían incapaz de «buscar medios de vengarse, si bien es verdad que siempre ins- «piró al Rey lo justo y razonable ¹.»

El cardenal Alberoni tenía que habérselas con poderosos adversarios, y sus quimeras de omnipotencia se estrellaban contra la política de Felipe de Orleans y Dubois, del rey de Inglaterra y Daubenton, que siendo á la sazón mas que nunca el árbitro de la conciencia del Monarca español, le obligó á sucumbir y ausentarse. Pero si la calumnia no había osado aguzar sus filos durante la vida del Jesuita, no faltó un Franciscano, condenado ya como hereje, y de quien Voltaire se ha constituido eco, que combinando los hechos á su antojo, se atrevió á ultrajarle después de su muerte. Este sugeto, llamado Belando, refiere en una obra suya que fue prohibida en la Península, que el Jesuita descubrió á Felipe de Orleans la idea de abdicación que atormentaba al Monarca español, con el objeto de que la convirtiese el Duque en provecho de sus intereses; y que habiendo el Príncipe descubierto la perfidia de su Confesor, se la echó en cara con tal acrimo-

¹ *Memorias de San Felipe*, tomo IV, pág. 44.

nia que cayó á sus mismos piés acometido de un ataque apoplético.

Si se ha de dar crédito á esta versión que ningún adversario de los Jesuitas se ha dignado aceptar, que ha sido rechazada por Saint-Simon, Noailles y Ducloux, contemporáneos de estos sucesos, como indigna de su parcialidad, y que ha despreciado el abate Gregorio, el P. Daubenton hizo un infame tráfico con los secretos del confesonario, ó cuando menos vendió al Regente y á los extranjeros el secreto de Estado que le confiara el Príncipe; crimen que, sacerdotal y políticamente hablando, sería incalificable. Verdad es que Daubenton y el marqués de Grimaldi, sucesor de Alberoni en las funciones de primer ministro, gobernaban al Rey y la Península; también lo es que el Jesuita había tenido parte en las negociaciones del enlace del infante D. Luis con la señorita de Montpensier, hija del Regente, y que había contribuido al matrimonio de Luis XV con la infanta; pero de esto á una traición hay un abismo de imposibilidades. Y sin embargo, tal es el abismo que no se han atrevido á sondear los analistas contemporáneos, ni aun para calumniar á un Jesuita.

Tiempo hacia que la idea de abdicación germinaba en el corazón de Felipe V, que, ardiente al par que melancólico, y echando siempre de menos la corona de Francia de la que había hecho cesion, solo aspiraba á ocultar en el retiro una existencia pasada entre los huracanes, sin que le fuese dado encubrir su aversión á las grandezas, y sus ensueños de soledad. El Regente había lealmente respetado la corona de que le separaba un niño; jamás abrigó en su alma la criminal idea de la usurpación: y si estrechaba á Felipe V á consumir su espontáneo sacrificio, esperando sentar á su hija sobre un trono, esto no pasaba de ser una ambición paternal que no encerraba pensamiento alguno culpable. Mas todas sus gestiones fueron rechazadas por Daubenton, que era quien, de consuno con la Reina, se oponía con mas vigor á los proyectos del Monarca español. «El 7 de agosto de 1723, dice «el marqués de San Felipe ¹, murió Daubenton con grande edificación en el noviciado de Madrid, á donde se había hecho conducir desde Balsain en el momento que sintió agravarse su enfermedad, para tener el consuelo de morir en la casa de san Ignacio; acompañando á su muerte tan marcadas pruebas de

¹ *Memorias del marqués de San Felipe*, tomo IV, pág. 127.

«religion y piedad, que hicieron en muchos la mas viva impresion.» El Monarca entre tanto, que no habia cesado de depositar en él su confianza, le suplicó que designase él mismo su sucesor, súplica á que accedió el Jesuita indicándole al P. Bermudez. Mas no por eso dejaron de acompañarle hasta la tumba los testimonios del real aprecio del Monarca, que, para glorificar al que habia sido el mentor de su infancia y de sus días mas maduros, mandó que la corte, los ministros y demás funcionarios regios asistiesen á los funerales; tributando á este religioso, cuya memoria, segun la expresion del apóstata dominicano, debia ser execrada por el Príncipe y todos los corazones probos, y que habia muerto bajo el peso de la maldicion regia, los honores reservados á los grandes del reino.

Dotado Daubenton de un carácter resuelto, habia sabido infundir valor al ánimo decaído del Monarca, y curar con su energía la debilidad de Felipe y los vanos escrúpulos que se apoderaban de su alma, sin permitirle jamás abdicar, como se lo instaba el duque de Orleans. Pero una vez muerto este Padre, no se creyó Bermudez con suficientes fuerzas para oponerse á este designio; y concretándose á sus atribuciones de director, dejó al Príncipe entregado á las delicadezas naturales de su conciencia y á sus penosas incertidumbres. El 15 de marzo de 1725 abdicó Felipe el trono en favor de su hijo Luis, que murió sin sucesion cinco meses después, por cuya razon volvió, llena su alma de luto y desolacion, á empuñar las riendas del Estado.

Cási en la misma época se encontraron los Jesuitas de Portugal en una posicion sumamente crítica, emanada de la agregacion á varios establecimientos religiosos de un gran número de beneficios que presentaba la Cámara apostólica á propuesta de los reyes de esta nacion. Á fin de no privar á la Santa Sede del derecho de anatas que disfrutaba, cuando pasaban estos beneficios de manos de un titular á las de otro, decretó la curia romana que deberian ser mirados como vacantes en cada período de quince años; y que las comunidades pagarian de este modo el impuesto eclesiástico, al que se dió el nombre de *quindenias*. Los Jesuitas portugueses poseian varias abadías con este título; pero á mas de los ya sujetos á las quindenias, habian adquirido sus colegios, sus casas y sus iglesias, otros bienes no sujetos al derecho de anatas, y conferidos por el ordinario á propuesta de la corona. Apoyándose los

delegados de la tesoreria pontificia en ciertas antiguas pragmáticas, y tratando de hacer extensivo á estos beneficios el tributo de las quindenias, el nuncio apostólico Miguel Ángel Conti, que dentro poco vino á ser Pontífice bajo el nombre de Inocencio XIII, se dirigió desde luego á los Jesuitas con el objeto de no hallar oposicion en los demás Institutos, y amenazó al P. Domingo Nuñez, provincial á la sazón, con despojarle de su empleo, si no pagaba el impuesto. El rey D. Pedro II, que creia interesada la dignidad de su trono en este conflicto, declaró al Jesuita que, si obedecia á la intimacion, expulsaria de sus Estados á toda la Compañía.

Suponiendo Conti, con razon ó sin ella, que el Monarca y los Jesuitas estaban de acuerdo para intimidar á la Iglesia, invoca desde luego la autoridad del General de la Orden: Clemente XI insta á su vez á Tirso Gonzalez á dar una solucion; zánjala este en favor de la tesorería; obstínase el Rey, y colocado Nuñez entre los dos poderes, del uno apela al otro. La muerte de D. Pedro (1707) permitia á su sucesor Juan V reconciliar las partes; y efectivamente el duque de Cadaval y Conti pasaron á formar el cómputo de las sumas debidas, así como la cuota de las quindenias futuras. Empero, habiéndose negado el Papa dos años después á aprobar la transaccion realizada por su embajador, anunciando que iba á despojar de los beneficios á las casas de los Jesuitas, el P. Manuel Diazio, provincial á la sazón, creyó oportuno poner un término á estas disensiones, y, sin consultarlo con el Monarca, presentó la suma exigida en el tesoro de San Pedro. Esta medida pacífica levantó al momento una tempestad. Juan V desterró al P. Diazio, y prohibió á los demás Jesuitas sus súbditos el cumplimentar las órdenes de su General. Todos los ánimos se hallaban acalorados. El P. Riberio, que se habia declarado contra los funcionarios de la Santa Sede, fue denunciado por ellos en 1712 al papa Clemente XI, quien exigió la expulsion de este Jesuita de la Orden, y sus órdenes fueron sin demora ejecutadas.

Estos hechos tenian lugar en el momento en que los Jansenistas acusaban á la Compañía de dominar al Vaticano y de imponer su voluntad al Papa. Los Jesuitas dominaban á los Pontífices y al sacro Colegio, al paso que dictaban á los reyes las medidas que debian adoptar; pero lo cierto es, que en este caso y en otros mas importantes, los vemos siempre sacrificar sus intereses ú opinio-

nes al sostenimiento de la paz: sentíanse bastante fuertes para obedecer; y este respeto á la autoridad los ha sostenido en presencia de tantos enemigos que tramaban su ruina; y este respeto, del que no se han separado sino una vez tan solo en el espacio de doscientos y treinta años, así como la gloria que hace resaltar sobre su Orden, son el argumento más decisivo que puede aducir la historia en favor del principio de obediencia.

CAPÍTULO XXXII.

Diferencia entre las misiones de Oriente y las de ambas Américas. — El Padre Resteau en Palestina. — Residencia en Andrinópolis. — La peste y los Jesuitas. — El P. Cachod y las mazmorras de Constantinopla. — El P. Richard en el monte Athos. — El P. Braconnier y el conde de Tékeli. — Su mansión en Tesalónica. — Trabajos de los Jesuitas en Oriente. — Carta del P. Tarillon al conde de Pontchartrain. — Los Jesuitas y los Armenios. — Los Maronitas y los Coptos. — Reúnense en un concilio los patriarcas de la Iglesia griega para oponerse á los progresos que hace el catolicismo por medio de los Jesuitas. — Asamblea de los Maronitas en favor de los misioneros. — Los Padres Longeau y Pothier en Persia. — Felices resultados de la mision en este país. — Tomás Kouli-Kan y el hermano Bazin. — El P. Duban en Crimea. — Sus trabajos. — El P. Sicard en Egipto. — Sus correrías apostólicas. — Sus descubrimientos científicos. — Sacrificase en favor de los contagiados del Cairo. — Su muerte. — Los Jesuitas en Abisinia. — Guerras de religion. — Situacion de la Etiopia y de la Abisinia. — El sultan Seghed II y los Católicos. — Persecucion contra los Jesuitas. — Carta de Selacristos, tío del Emperador, á los príncipes y poblaciones católicas. — Los PP. Brevdent y Bernat. — El Tibet y los PP. Desideri y Freyre. — Sus fatigas y peligros. — El P. Sanvitores en las islas Marianas. — Su celo y su martirio. — Retira Guerrero, arzobispo de Manila, su pastoral contra los Jesuitas. — Declárase su enemigo el Emperador del Mogol. — Constitúyense en mediadores entre los traficantes ingleses y holandeses de Agra y Surate. — Son perseguidos en la Cochinchina. — Penetran en Siam. — El P. Margici y el gran visir Constancio Phaulkon. — Embajada de Luis XIV en Siam. — Los PP. Fontaney, Tachard, Bouvet, Gerbillon, Lecompte y Visdelou. — Mision religioso-científica de estos Padres. — La Academia de ciencias y los Jesuitas. — El Rey de Siam y sus disposiciones. — Revolucion de Siam. — Muerte de Constancio. — Política de Luis XIV desarrollada por las misiones. — Créalas en Pondichery y en el Indostan. — Los Jesuitas en el Maduré. — El P. Beschi, gran viramamouni. — Su lujo y sus trabajos. — El P. Bouchet en las misiones. — Extiéndense estas por todas partes. — Los Jesuitas bramas y parias. — Su plan para reunir las castas divididas. — Guerra de los franceses é ingleses en la India. — Dificultades eclesiásticas sobre los ritos malabares. — En qué consisten estas dificultades. — Legacion del patriarca Maillard de Tournon á Pondichery. — Ayúdanle dos Jesuitas á resolver los casos espinosos. — Angustiosa situacion de los Jesuitas entre la obediencia debida al Legado y sus convicciones sobre los ritos malabares. — Llegada de Tournon á la China. — El emperador Kang-Hi protege á los Católicos. — Su amistad hácia los Jesuitas. — El P. Verbiest, presidente de las matemáticas. — El